

Excitantes Mundos Nuevos



Adhemow Doe



Sentía un cosquilleo, casi picor, en las encías; era su manera de reconocerse excitado y expectante mientras miraba por la portilla del fuselaje el turbio panorama que lentamente discurría bajo sus pies y la panza del avión que le llevaba a su destino.

Habían pasado muchas horas del viaje y muchos años desde que se propusiera por primera vez que tenía que viajar lo más lejos de su tierra que fuera posible.

Siempre pensó que su vida no estaría completa conociendo sólo su entorno cercano, su isla y las que la rodeaban. Sus escasos viajes al continente más cercano no habían logrado satisfacer ese deseo de encontrarse en una tierra lejana donde todo fuera nuevo y sorprendente, donde nada le fuera familiar y reconocible. Los olores, las caras de las gentes, el brillo y la inclinación del sol, la sensación de temperatura y humedad en la piel, los sonidos, en fin, las cosas que había imaginado que sentiría un hipotético navegante espacial al desembarcar en un ignoto planeta: todo asombro y excitación.

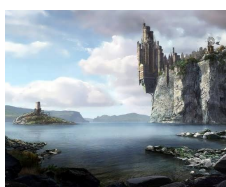
A falta de la posibilidad de ser astronauta, lo más parecido que imaginó, era viajar lejos, tan lejos que todo fuera tan extraño como en otro planeta. Su reciente retiro le había proporcionado la oportunidad y la excusa perfecta para cumplir al fin con esa ilusión romántica, que había cultivado durante años porque le hacía sentirse único y especial. Él, tenía un propósito y de alguna manera daba sentido a muchas cosas que no tenían un especial sentido; las cosas que se hacen por costumbre o inercia y que curiosamente, rellenan la mayor parte de nuestras vidas.

De manera que allí estaba, sólo y decidido, como un cadete a punto de entrar en el cuartel o un paciente a la puerta del quirófano.

Hubo de interrumpir sus ensoñaciones porque habían tocado tierra y era el momento de realizar la rutina del viajero, descender del avión, orientarse en el aeropuerto, buscar el equipaje, los trámites de inmigración y encontrar la salida, elegir transporte, registrarse en el hotel: "*Wellcome, Good Morning, sir*"; y por fin otra vez sólo y tranquilo.

Apenas había sido consciente de su recorrido hasta el centro de la ciudad; es la maldición de los viajes modernos, te convierten en autómata, quieras o no, pensó. Pero ahora podía dedicarse a observar y planear con calma que iba a ser lo primero que haría con total libertad, porque el viaje en sí, llevaba tanto tiempo planeándolo, que casi era una obligación. Pero ya estaba allí, comenzaba su aventura.

Decidió que era pronto para comer y que podía dar un paseo para ambientarse, pero antes, deshacer las maletas, tomar posesión, crear su espacio personal en una habitación impersonal, quizá una ducha y al exterior.





La mañana era templada, casi calurosa; fue lo primero que sintió. Luego el sol, brillante y nítido sobre su cabeza denotaba que estaba en otra latitud. La transparencia de la atmósfera permitía apreciar detalles a más distancia que en su isla. Todo era más definido, más real. Le gustó.

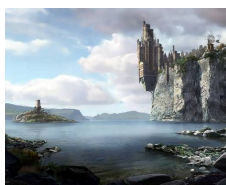
Eligió la calle más estrecha que veía y se adentró en un barrio visiblemente antiguo, donde las casas tenían una cierta personalidad. Había visto fotografías de ciudades europeas y siempre le habían llamado la atención las construcciones pequeñas y ordenadas, lejos de la grandiosa uniformidad de las ciudades americanas o la indescriptible imagen de las calles asiáticas, mezcla de arquitectura y utensilios callejeros. Se fue encontrando espacios recoletos, hechos para disfrutar de la vida al exterior, sin ruido de tráfico, con bancos en los que sentarse bajo la sombra de naranjos y sentirse influido por el aroma de sus flores; calles que no sólo eran funcionales sino espacios que comunicaban socialmente a sus habitantes, estableciendo un territorio de nadie y de todos al mismo tiempo. Algo muy distinto a esos falsos poblados antiguos que se pueden encontrar en algunos centros comerciales, a los que les falta... dignidad.

Se podía ver a gente diversa de todas las edades, haciendo nada, jugando, conversando, en silencio, incluso alguno con los ojos cerrados de cara al sol, pero en todos, una expresión tranquila, casi de hedonismo vital. Las fachadas, bien cuidadas, predominantemente de color blanco combinado con ocre o añil, indicaban respeto por la imagen exterior que querían dar sus habitantes. Macetas con flores de vivos colores y azulejos con motivos policromos, adornaban algunas fachadas; al pasar por delante de una con el portal abierto, pudo ver un umbrío patio interior, con macetas de hierbas aromáticas cuyo olor llegaba hasta la calle, como una sutil tarjeta de presentación. Sintió admiración por esas gentes capaces de crear un entorno de vida tan armónico y social. En su isla la gente también vivía para vivir, pero con otro estilo menos depurado, ahora le parecía que más simple y primitivo, más naturaleza pero menos civilización.

Así fue recorriendo y disfrutando del barrio, manteniendo la referencia del sol para no extraviarse, pero abandonándose al deleite de las sensaciones que recibía. Un comienzo perfecto pensaba, casi increíble, de no ser por la viveza del entorno. Se reconoció optimista y alegre como cuando era joven y todo era un descubrimiento.

Fue deambulando, guiado por el deseo de recorrerlas que las propias calles le sugerían y fue al final de una, cuando se encontró en una plaza.

Estaba poblada de árboles de poca altura, podados como bonsáis gigantes, con bancos a la sombra, algunos ocupados por gentes y un puesto con toldo, parecía que





de helados, en un lado; entonces se percató de que por encima de las copas de los árboles, surgía una impresionante mole pétrea, que dominaba sobre toda la plaza.

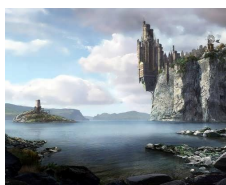
Era evidentemente más antigua que el entorno, con un estilo que revelaba la presencia pretérita de una civilización ya desaparecida, pero omnipresente por siglos. De alguna indescifrable manera, hacía sentir lo que significaba el paso del tiempo, a través de una construcción, hecha precisamente para indicarlo. Conocía su utilidad pero eso no era importante; lo importante era el mensaje que debieron imaginar sus contemporáneos para transmitir a generaciones que habitarían ese mismo entorno, a las que no conocían, pero esperaban. Algo como: Mira, de lo que es capaz el ser humano. Más que percepción racional, lo que le provocaba eran sentimientos. De la propia insignificancia como ser y de orgullo por la obra humana, simultáneamente.

Impresionado por una antigüedad que no existía en su isla, donde todo podía ser datado por alguien aún vivo, recorrió con la vista las filigranas de sus altas torres, la enormidad de sus muros y el efecto sobrecogedor del conjunto, sin darse cuenta de que había estado andando hacia ella, como atraído por un magnetismo psíquico inevitable. Se encontró de pronto, traspasada la línea de árboles, asombrado, frente a su fachada.

Lo primero que le sugería era que quienes la hicieron tenían mucho que contar. Tal era la cantidad de detalles que la cubrían por completo, que sus ojos no podían estar quietos en una zona, ni podían abarcar la totalidad para tener una impresión del conjunto. Tuvo la sensación de estar asistiendo a un prodigio: el de un palimpsesto que se reescribía ante sus ojos constantemente. Obviamente no era tal, pero al fijarse en algún detalle y volver con la mirada a una zona ya recorrida, le daba la impresión de que ésta había cambiado, pero sólo era porque se estaba fijando en algún detalle pasado por alto en su primera observación.

Decidido a analizar con orden lo que se ofrecía a sus ojos, su asombro iba en aumento al apreciar una organización magistral de los motivos, empezando por los detalles más grandes como arcos sobre las puertas, los paños de piedra enmarcados por estos, los frisos, estatuas y estelas. Por un momento creyó entender la organización abigarrada pero armónica del conjunto, pero fue una impresión fugaz, que quedó diluida en la abrumadora cantidad de detalles que se ofrecían.

La torre, enorme, tenía una decoración distinta; no estaban representadas figuras humanas, sustituidas éstas por motivos decorativos con organización geométrica; le recordaban a los detalles de las mezquitas musulmanas de Yakarta, donde había estado una vez. Pero sin duda el conjunto era grácil y proporcionado.





Sintió curiosidad por el interior y se encaminó a una de las puertas, esperando encontrarla cerrada pero se sorprendió al verla abierta, aunque una segunda puerta tapaba la vista del interior. Se acercó y encontró dos puertas, laterales, empujó una de ellas y la encontró abierta, pasando al interior.

Se sumergió de pronto en una atmósfera distinta, pesada y cargada de un olor especial e indefinible. Sintió un escalofrío por el acusado cambio de temperatura en el interior. Al cerrarse la puerta tras él se encontró en una semipenumbra, deslumbrado aún por la luz exterior. Girando a su izquierda, se enfrentó al interior algo más iluminado y observó.

El interior era enorme como cabía esperar de las dimensiones exteriores; la luz del exterior que se filtraba por las ventanas, daban un aire solemne al recinto. Estaba dividido en tres naves separadas por gruesas columnas, con ventanales policromos en las alturas; la nave central tenía a partir de cierto punto bancos para sentarse, pero estaban vacíos; en realidad el recinto entero estaba casi vacío; vio a algunas personas, adelantadas y oyó alguna voz tenue propagada por el eco, entre una atmósfera azulada.

Si el exterior imponía, el interior cortaba el aliento; los infinitos detalles que se podían ver, decorativos u ornamentales, las enormes lámparas, suspendidas con cables desde el techo, el techo igualmente decorado con arcos ojivales que se cruzaban y caían hasta las columnas y continuaban hasta el suelo, los ventanales formados por vidrios de colores, recreando escenas que no pudo reconocer, pero en las que había figuras humanas sin duda, balaustradas y galerías en las alturas, un gigantesco órgano de tubos, artesonados en madera, filigranas en piedra y muchos más detalles, eran el paradigma de un tesoro con forma de edificio.

Nunca en su vida había visto tal cantidad de ricas obras realizadas por el ser humano, reunidas en un solo lugar y comprendió que debía haber un motivo muy importante para tales muestras de talento concentrado.

Recorrió despacio la nave lateral descubriendo más detalles, grandes aberturas laterales en los muros formando habitaciones cerradas por altas rejas de hierro, cuadros de personajes antiguos, tapices con delicados bordados en hilo de oro y plata, cirios por todos los sitios que iluminaban lienzos con escenas de combate u oración.

Fue recorriendo la nave larga pero amplia, deleitándose como un niño en un parque de atracciones, hasta llegar a un punto en el que la nave se curvaba a la izquierda, siguiendo la forma del ábside de la planta.





No fue consciente, pero repentinamente un reflejo le hizo encogerse en una reacción de respuesta a una amenaza. Perplejo y aturdido por su propio comportamiento, intentó recuperar la calma observando, algo encogido, el entorno, intentando localizar el motivo de su repentino sobresalto.

El instinto de conservación es un recurso que percibe lo que no somos conscientes de ver, pero algo le dijo que la posible amenaza no estaba a su alrededor, algo perfectamente lógico y en consonancia con aquel entorno tranquilo y silencioso.

Sin embargo, sin saber por qué, recorrió con la mirada una esfera de protección imaginaria a su alrededor buscando encontrar la calma y al levantar la vista. encontró el origen.

Quizá fue la sorpresa de encontrarse con algo que no esperaba que estuviera allí, pero su reacción provocó una contracción nerviosa del diafragma, que le hizo pronunciar un sonido gutural de pánico.

Sobre su cabeza había un ser.

Espantado como estaba, no reconoció inmediatamente de que se trataba pero era grande y estaba inmóvil.

Dio varios pasos atrás instintivamente para alejarse de él y adquirir perspectiva hasta que chocando con la espalda en el muro, hubo de detenerse. Recuperando algo de presencia de ánimo intentó identificar la naturaleza de su espanto. Por fin reconoció rasgos familiares en la figura y soltó algo parecido a una breve risa histérica.

Era un hombre, o la figura de un hombre al menos. Se hallaba suspendido a igual distancia del suelo que del techo y se apoyaba en una estructura en forma de cruz que seguía su silueta y daba soporte a sus brazos que se extendían horizontales.

Reconoció la figura, la había visto muchas veces, pero esta vez era distinto, algo de lo que no había sido consciente en otras ocasiones. Comprendió que estaba viendo la fiel representación de un cadáver humano.

Había visto la imagen en fotografías, en objetos de uso religioso, en múltiples lugares y ocasiones, pero en ellas se apreciaba alguna expresión o no se reconocía ninguna. Esta era distinta; la cara, de la que no podía apartar la mirada, era la faz de un cadáver, que además evidenciaba un sufrimiento previo, de proporción inhumana. Era la representación del horror, finalmente congelado por la muerte

Más calmado pero aún inquieto, empezó a observar detalles en la talla que constituían un mapa de sufrimiento físico. Se veía el pelo largo y descuidado, pegado en mechones, aparentemente empapado en sangre, que le había goteado sobre la cara y hombros. Su cara, con la nariz rota y signos de tumefacción, no tenía ningún gesto a excepción de la boca entreabierta y ligeramente torcida. Sin embargo la

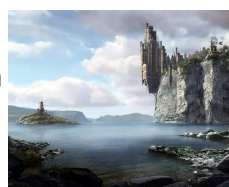




ausencia de gesto expresaba magistralmente la relajación de los músculos posterior a la muerte. Los ojos entreabiertos, no eran ya humanos, miraban la nada. Una clavícula parecía hundida. Las costillas se le marcaban como intentando romper la piel; una de ellas se apreciaba rota, hundida en el centro, quizá por un golpe, puesto que la piel, generalmente cerúlea, tenía un color cárdeno en esa zona; Una herida en un costado no había sangrado mucho, quizá por que alguna víscera, que asomaba apenas, había taponado la herida. Los codos y rodillas estaban descarnados y se apreciaba el hueso de la rótula en una de ellas. Las tibias estaban rotas y sus piernas se curvaban grotescamente incapaces de soportar el peso del cuerpo. Los dedos de las manos mostraban ángulos imposibles que evidenciaban la rotura interna de las falanges y las uñas estaban despegadas de la carne, alguna colgando, quizá de un jirón de piel. Sus muñecas y tobillos estaban atados al madero con tal fuerza que se apreciaba la hinchazón de la zona. Sus pies y manos estaban clavadas con grandes clavos a la madera y mostraban sangrado, más en los pies que en las manos, probablemente al retirarse el riego sanguíneo en la parte superior del cuerpo. La combinación de ataduras y clavos para sujetar el cuerpo a los maderos, parecía una redundancia excesiva e indicaba un ensañamiento feroz producto de una mente de psicópata.

Observó todo esto como un forense, intentando no pensar en las escenas que se habrían producido al causar tal tortura, ni en los aullidos de dolor y terror que seguramente proferiría la víctima.

Intentaba determinar que clase de persona había observado sufrimientos de esa índole para poder plasmarlos después tan fielmente, en una talla estremecedora. Tanto si eran producto de una imaginación exaltada –algo poco probable, dado el nivel de expresión en los detalles- como si había tenido algún modelo a copiar –se estremeció al pensarlo- parecía el producto de una fuerte obsesión, menos que sana. Se preguntaba también que tipo de personas encontraban justificado representar de una manera tan macabra a un ser humano, qué se pretendía enseñar mediante ese ejemplo de crueldad y porque habían decidido rodearlo de tanta belleza y riqueza como había a su alrededor, algo que ahora le parecía impropio y desproporcionado. Divagó, en un estado de febril imaginación, como explicarían a un hipotético niño que viera la talla, los motivos de su estado y las consecuencias posteriores que sufriría por dicha visión. Él, que era una persona adulta, estaba en estado de shock a causa de ello.





Salió del lugar casi apresuradamente, perdido repentinamente el interés por continuar allí, quizá buscando en el exterior soleado y alegre, un bálsamo para su estado de agitación.

Fuera todo estaba igual, las gentes seguían mostrando una actitud tranquila y relajada, había risas que sonaban a sinceras y el olor del interior que impregnaba sus ropas se iba desvaneciendo entre aromas de jazmín. Dejó de temblar.

Se preguntó si esas gentes vivían ignorantes del espectáculo de degradación física y humana que se mostraba en el interior o por el contrario lo conocían y lo habían integrado a sus vidas; aunque lo más probable era una mezcla de ambas; lo conocían porque no estaba oculto, pero ignoraban el particular significado que a él, le había sido revelado con tal dureza.

Sabía que lo que la talla representaba, era una pieza fundamental de una creencia muy extendida, pero no conseguía entender la necesidad de representarla con ese fúnebre realismo, ni de que manera, rendir culto a la tortura, el sufrimiento y la muerte, podía convertir en mejores a los seres humanos.

Regresó al hotel, perdido el apetito, en un estado de ánimo sombrío, meditando sobre las sorpresas que depara el descubrir excitantes mundos nuevos.

